CANTO XII.

José de Arimathea obtiene de Pilato permiso para dar sepultura á Jesús.—Mientras cumple este piadoso deber, secundado por Nicodemus, un coro de resucitados canta por encima de la cruz.—Los discípulos, parte de los Setenta fieles, María y las santas mujeres se reunen en casa de Juan.—José de Arimathea y Nicodemus vienen cerca de ellos trayendo la corona de espinas de Jesús.—Muerte de María Magdalena, hermana de Lázaro.—Lázaro, Lebbeo y Nathanael van á recibir su último suspiro.—Lázaro vuelve á casa de Juan y procura reanimar el valor de sus amigos.—Salem, uno de los ángeles custodios de Juan, hace descender sobre él un sueño consolador.

El alma que teme perder su parte de herencia celestial se asombra y estremece hasta en sus más recónditos senos, y sus pensamientos, extraviados en el laberinto de la Providencia, no ven más que el anatema del Sinaí ó los terrores del Gólgota. No descubriendo ya en la eternidad ni la blanca vestidura del vencedor, ni la corona del mártir, el alma se abisma en el polvo y se perderia en la nada, si el aliento protector de los serafines no viniera á reanimar la chispa de su esencia divina, recordándole que no ha sido arrojada á la Tierra, sino para someterse ciegamente á los decretos del Eterno.

Con esta resignacion dolorosa, un corto número de amigos fieles de Jesús permanecen cerca de la cruz.

Unicamente José de Arimathea conserva un resto de valor y de esperanza. Ansioso de reparar la falta que una timidez

imperdonable le hiciera cometer en el sanhedrin, exclama con voz fuerte é inteligible para todos:

«El divino muerto tendrá á lo menos los honores de la sepultura: yo le tributaré estos últimos honores. Hace mucho tiempo que hice abrir mi sepulcro, que es bastante grande para él y para mí. Animo, Nicodemus; trae mirra y aloe, mientras voy á ver al gobernador romano. Aquí nos encontraremos: yo traeré el sudario.»

Dice, y se aleja rápido, como un noble pensamiento que no podrian detener amenazas ni seducciones.

Muy luego llega al Pretorio.

Porcia, pálida y llorosa, está sola con Pilato, que parece inquieto y pensativo.

Sorprendido de la visita de José, cuya actitud y mirada revelan dolor profundo, le pregunta el motivo que le trae.

«Vengo, contesta Arimathea, á reclamar el cuerpo del hombre divino que tú no has sabido conocer, y has entregado al furor de sus enemigos.»

«¡Bah! ¿Qué te importa ese hombre? ¿Por qué quieres darle un testimonio de interés, que podria llegar á ser peligroso para tí?»

—«Obedezco al soberano Juez, que desde lo alto de los Cielos pesa nuestras acciones y pensamientos.»

—«Los jueces supremos del mundo no se sientan donde los colocan tus ilusiones. En las orillas del Cocito es donde nos esperan, y no se llaman ni Jehová ni Jesús, sino Minos, Radamanto y Sarpedon.»

—«Cuando la urna cineraria haya recibido tus restos, y los mios hayan descendido al sepulcro, entonces veremos ¡oh Pilato! si son tus dioses ó el mio quienes distribuyen las penas y recompensas. Entre tanto, concédeme el favor que de tu bondad solicito: abandona el inanimado cuerpo del

profeta, sacrificado por su pueblo, á los pocos amigos que le han quedado fieles.»

Porcia suplica á su esposo que no deniegue una demanda tan justa, y Pilato cede á los ruegos de su esposa. Pero dominado siempre por el temor de comprometer su autoridad, hace llamar á Eneo, que mandaba la tropa enviada al Gólgota, y le pregunta si está cierto de la muerte de Jesús.

Eneo contesta:

—«Ninguno de nuestros soldados se ha atrevido á romperle los huesos; pero yo mandé traspasarle el costado con una lanza, y ha cesado de vivir.»

Tranquilizado con esta declaracion, autoriza Pilato á José para sepultar á Jesús, y el noble israelita vuelve al Gólgota sin tardanza.

Al ver el sudario que lleva, María se vela el semblante, y solloza con doble angustia.

Juan osa al fin dirigirle la palabra:

—«Madre de nuestro divino Maestro, le dice, considera que no nos queda más consuelo á los que tanto le hemos amado, que hacer los últimos honores á sus sagrados despojos.».

José y Nicodemus se adelantan hácia la cruz, y solicitan la ayuda de los demás fieles; pero ninguno de ellos deja el lugar en que el dolor parece haberle enclavado.

Los ángeles y los resucitados, invisibles á los ojos de los mortales, se ciernen sobre el monte fúnebre, agitan dulcemente las cuerdas de sus arpas, y sus cantos de duelo se elevan hasta el trono de Jehová.

José y Nicodemus extienden el sudario al pié de la cruz, lo rocian con suaves perfumes, y depositan el cuerpo de Jesús cubriéndolo con aromas preciosos que previenen la descomposicion.

Eva desciende de las nubes, se detiene cerca del divino cadáver, y se inclina sobre él con todo el abandono de la ternura maternal. Los largos rizos de su cabellera de oro tocan suavemente las llagas de Jesús; sus lágrimas caen sobre su helada frente, y su voz, apenas inteligible aun para los ángeles, murmura estas dulces palabras:

—«¡Oh hijo y Salvador mio! ¡cuán hermoso eres! De cada una de tus heridas veo yo brotar raudales de ventura. La palidez de la muerte cubre aun tu bellísimo semblante, pero tu boca cerrada y tus ojos extinguidos anuncian la inmortalidad á todos mis hijos. Hete aquí sin vida, y sin embargo todo es en tí amor y misericordia.»

José y Nicodemus pliegan sobre el Mesías el perfumado sudario, que se tiñe de sangre...

Las lágrimas de los bienaventurados corren en abundancia, y un coro de resucitados canta así el dolor de los Cielos:

—«¿Quién eres tú, que desciendes del Gólgota envuelto en un paño de púrpura? ¿Quién eres tú, que dejas el altar con vestiduras teñidas de sangre? ¿Quién eres tú, que dispones de la salvacion eterna?»

Otro coro contesta, y la trompeta del último juicio hace resonar su voz terrible:

—«Yo soy quien enseña la justicia, y quien distribuye las recompensas y los castigos.»

Y el primer coro añade:

—«¿Por qué está teñida tu túnica de rojo como el vestido del vendimiador que acaba de pisar la uva?»

Y la trompeta responde:

—«Me habeis dejado solo en este lugar de iniquidades. En mi cólera he pisado á todos los que se han levantado contra mí: en medio de este trabajo que os ha salvado á todos mi vestidura se ha teñido de sangre. Ha llegado el

dia de la venganza, el dia de la redencion. Yo he mirado al rededor, y no he encontrado á nadie que me secunde. Dios ha hecho caer sobre mi cabeza sus más crueles terrores, y ningun habitante de la Tierra, ningun habitante del Cielo me ha sostenido. He consumado mi obra con la fuerza de mi cólera y de mi brazo; he aplastado la cabeza de la serpiente que habia mordido mi calcañar, y he dejado embriagados á todos los que se han levantado contra mí: helos tendidos en tierra sin fuerza ni movimiento (1).»

José de Arimathea arranca de la frente de Jesús la corona ensangrentada, y la entrega á Nicodemus, que la contempla con mudo dolor.

María y Juan prorumpen en sollozos.

Las lágrimas de los bienaventurados corren en abundancia, y un coro de resucitados canta el triunfo de los Cielos:

—«Angeles, escuchad el rumor del torrente Cedron, que baña los muros del templo. Mirad: la soberbia está vencida y la serpiente aplastada.»

Y otro coro canta con voz más fuerte:

—«Cuando el torrente Cedron murmuró más dulcemente, cuando las palmeras de Gethsemaní mezclaron el rumor de sus inclinadas copas al soplo de la brisa matutinal, entonces comenzaron para él las angustias de la agonía; entonces oyó los rugidos del abismo y los gritos de ira de los réprobos; entonces tembló el Tabor hasta en sus fundamentos.»

Elohá sale del seno de las nubes, y repite:

—«Entonces comenzaron para él las angustias de la agonía.»

(1) Imitacion del cap. LXIII de Isaías, en el cual describe el profeta los trabajos del Mesías, reducido á libertar él solo su iglesia.

Un coro de ángeles canta el himno de muerte por encima de los inanimados restos del Mesías.

José y Nicodemus levantan el cuerpo de Jesús, lo cargan dulcemente en sus brazos y se lo llevan.

Un resucitado los sigue con la vista, y hace oir esta sentida queja:

—«El más bello de los hombres, el más bello de los ángeles acaba de morir en cruz por todos nosotros. Los esclavos del pecado echaron suertes sobre sus vestiduras, y cuando, devorado por una ardiente sed, pidió de beber, le dieron hiel y vinagre.»

Y el coro de los ángeles añade:

—«¡Ay! ¡ay de tí, Jerusalem! ¡ay de tus degenerados hijos! El Eterno los ha oido pedir la sangre del Redentor, y los ha visto arrojarse sobre él, semejantes á los buitres carniceros que caen sobre su presa.»

La trompeta del último juicio continúa haciéndose oir, y callan las arpas de los patriarcas. El mismo Moisés cesa de pulsar las cuerdas de su salterio, se aparta de las legiones de ángeles y resucitados que le rodean, se cierne sobre el Mesías; y canta así:

—«Malditos Caines, que habeis sacrificado al divino Abel; Caines, yo os conozco; sé donde teneis vuestras guaridas. La voz de su sangre ha llegado hasta lo alto de los Cielos, no pidiendo venganza, sino gracia y perdon para vosotros, que habeis rechazado su misericordia. Pero el llamamiento del Gólgota ha penetrado hasta el fondo de los Infiernos. Asesinos del Salvador, pues que así lo habeis querido, morid, morid de muerte eterna.»

El metal sonoro deja de resonar, el profeta calla, y todos los inmortales permanecen sumidos en un mudo dolor.

José y Nicodemus llegan al sepulcro abierto en el flanco

de una negra roca, cuya cima sostiene algunos abetos. José busca con la vista el lugar menos sombrío, y secundado por su noble amigo, deposita allí los restos de Jesús.

Abrumados de tristeza, los dos vuelven la cabeza, salen del sepulcro y cierran la entrada, haciendo rodar difícilmente una pesada piedra.

Profundas tinieblas reinan en el sepulcro en que yacen los despojos del Mesías; pero á través de estas tinieblas, los inmortales ven brillar los primeros resplandores de la resurreccion.

Sí, Salvador divino: apenas se extendieron sobre tus ojos las sombras de la muerte, cuando se agitaba en torno tuyo el soplo de la inmortalidad; y la trompeta terrible que el dia de la gran siega llamará al trabajo á todos los segadores, resonaba en los Cielos; y el murmurio de las arpas celestiales, dulce como el primer rayo del alba, anunciaba tu resurreccion. Nosotros no te hemos visto dormitar en medio de los horrores de la muerte; para nosotros reposas á la sombra de las palmeras. Pero vosotros, sus amados, vosotros que vivíais aun la vida de un dia, vosotros habeis llorado, habeis gemido, y después habeis derramado lágrimas de divino júbilo, lágrimas que nosotros no conoceremos jamás, nosotros, que no hemos sufrido ni vuestro santo terror, ni vuestra sombría desesperacion.

Todo está silencioso y tranquilo en torno del sepulcro de Cristo. Las arpas de oro no hacen ya oir sus tristes armonías; los ángeles y resucitados han enjugado su llanto y elevado su vuelo.

María y Juan, solos, permanecen aun al pié de la cruz.

El discípulo amado se inclina hácia la santa mujer que le ha confiado su maestro, y le dice con voz entrecortada por los sollozos:

—«Nada podemos hacer ya por él; huyamos de este lúgubre lugar: ven conmigo á mi pobre morada; ven, madre mia: yo soy tu hijo.»

Estas tiernas palabras hacen volver en sí á María, que vertiendo de sus ojos un torrente de lágrimas, exclama del fondo del corazon:

—«¡Tu madre! ¡Y *Él* me ha dado á su discípulo amado! ¡Y *Él* te ha hecho hijo mio!... ¡Hay todo un cielo en este pensamiento!... Pero tambien, ¡qué cruel tormento, qué amargura hay en la horrible certeza de que no existe ya el amado hijo que lloramos!»

Dice, y se envuelve en su manto, y Juan guia sus pasos vacilantes lejos del Gólgota.

A la sombra del templo y casi bajo los muros de Jerusalem, se eleva un grupo de palmeras, en medio de las cuales se oculta una humilde cabaña: es la morada de Juan, pobre asilo, donde conduce á la afligida María.

Persuadido de que es inútil procurar consolarla, y de que sólo Dios puede sostenerla en su congoja, suplica á todos los fieles que encuentra que vayan á llorar con su madre.

Fluid, versos mios, fluid; celebrad las santas lágrimas y el profundo duelo de los piadosos amigos del Mesías, y sea mi canto ingénuo y verdadero, como la triste dolorosa queja del más desventurado de los padres, cuando le presentaron la ensangrentada túnica del jóven pastor de Sichem (1).

Con los ojos inundados de lágrimas, el pecho oprimido y las rodillas trémulas y flacas, la madre de Jesús, precedida de numerosos fieles, entra en la humilde vivienda, y en el aposento donde su hijo solia reunir á sus discípulos. Al ver

(1) Alude á Jacob, cuando sus hijos le presentaron la túnica ensangrentada de José, diciéndole que este habia sido devorado por una fiera.

el sitio desde el cual tantas veces les habia hablado con aquella divina elocuencia que conmovia todos los corazones, el sitio que por respeto á su memoria ninguno de los fieles fué osado á ocupar, María se prosterna, y apoya su frente en el asiento vacío ya para siempre.

Magdalena y la madre de los Zebedeos logran al fin levantarla; pero María se retira á un ángulo oscuro, donde se envuelve en su manto.

Ni una voz osa interrumpir el triste silencio que allí reina.

De repente aparece Simon Pedro, desfigurado por el dolor, y exclama entre sollozos:

—«Jesús está sepultado, y en breve, así lo espero, lo estaremos todos. José abrirá un sepulcro para mí al pié de la roca santa. Quiero que me lo prometa, quiero que me lo jure.»

Dice y calla, pues entra luego Simon el Cananeo, apoyado en el brazo de Mateo. Felipe le sigue de cerca con Santiago-Alpheo. Lebbeo llega solo, se sienta junto á María, y se cubre el rostro con las manos. Santiago el Zebedeo, llamado el hijo del trueno, se presenta el último, y exclama alzando los brazos al Cielo:

—«¡Ha muerto! ¡Ha muerto! Toda grandeza humana, aun la más noble, aun la que huye del esplendor y hace el bien en la oscuridad, no es más que una palabra vana; porque tiranos impíos han sacrificado á Jesús, lo han inmolado á su ódio y á su venganza.»

Bartolomé, Pedro, Andrés, el hermano de Simon, Cleofás, Pathanael y el jóven Sémida entran sucesivamente, y van á sentarse sin pronunciar una palabra, sin atreverse á dirigir la vista á sus amigos, cuyo dolor comprenden y sienten.

Una lámpara, que Magdalena acaba de suspender del techo, deja caer sus pálidos resplandores sobre esta lúgubre y silenciosa congregacion. Así caía el crepúsculo de la tarde envolviendo el palpitante cuerpo de Abel: sus labios estaban mudos, pero su sangre clamaba á Dios desde la Tierra.

Los ángeles custodios de los discípulos y de los fieles se deslizan entre ellos, y el mismo Jesús se digna echar una mirada de misericordia sobre sus escogidos.

Reanimada secretamente por su ángel, Magdalena halla en sí fuerzas para expresar el dolor que la atormenta.

—«¡Ay! exclama. ¿Qué somos desde que nos ha abandonado? Madre infortunada, madre, no te dejes vencer por tu dolor. ¿Qué vendríamos á ser, si tú tambien nos abandonaras? ¡Ay! ahora comprendo todo lo que en su profunda tristeza nos dijo sobre Jerusalem, á quien llamó viuda desolada y princesa entregada á los gentiles; ella, que fué en otro tiempo reina de las naciones... Pobres y oscuros éramos, pero nuestra dicha era inmensa, porque nuestro maestro era un hombre divino. Murió ¡ay! murió, y ya nuestra miseria es infinita, y nuestros dias como nuestras noches pasarán en lágrimas y sombras. ¡Que no tarde ya en llegar la noche del sueño eterno!... Nuestros enemigos triunfan y se mofan de nosotros, que, en la sencillez de nuestro corazon, hemos amado tanto al gran profeta... No han temido escarnecerlo con infernales sarcasmos, y para calmar su sed, le han dado hiel y vinagre. ¡Juez supremo! ¡colma para ellos el cáliz de la venganza; haz que lo apuren hasta las heces y que mueran!»

Dicho esto, calla.

La madre de Jesús reune sus fuerzas, y dice entre sollozos de pena:

—Acuérdate, hija mia, que desde lo alto de la cruz gritó

diciendo al Padre celestial: *Perdónalos, Padre mio, pues no saben lo que hacen.*»

Estas palabras infunden en los corazones una admiracion profunda, y un rayo de júbilo divino alivia sus pesares; pero muy luego los domina el dolor de nuevo. Solamente Lebbeo permanece bajo la dulce impresion de las piadosas palabras de María.

—«Sí, dice: que la misericordia del Eterno se extienda á todos sus hijos; pero que no se olvide de llamarnos de este mundo. ¿Qué haríamos en él sin el divino Maestro? ¿No nos dijo muchas veces, que en la casa de su Padre hay apacibles moradas para todos los que le amaran? ¡Oh! permítenos, gran profeta, que durmamos en el umbral de esa casa. No, no intenteis consolarme, amigos mios: pronunciad constantemente á mi oido el nombre de Jesús, nombre que resuena en mi alma como el dulce eco de la flauta pastoril, cuando la suave aura de la tarde nos lo trae á través de un valle cubierto de flores... Hablemos sin cesar del paso de esta vida de miserias á la vida perdurable, y estemos dispuestos á partir á la primera señal, con el báculo en la mano, como el viajero diligente. ¡Ah! ¡que no podamos morir todos ahora mismo!»

—«Muramos, sí, contesta Cleofás: sólo en el sepulcro encontraremos reposo. Cavémonos mútuamente nuestras últimas moradas.»

Tomás Dídimo se presenta á la puerta de la estancia, y se detiene en ella indeciso y tembloroso. La vista de sus amigos, que han abandonado los restos de su divino maestro, y que gimen y lloran en este lúgubre lugar, semejantes á fantasmas errantes al rededor de un sepulcro apenas cerrado, aumenta su desesperacion.

—«¡Desgraciados! exclama: ¡Oísteis las aclamaciones con

La corona de espinas.—(Canto xii).

que Jesús fué acogido á su entrada triunfal en Jerusalem, y no sabeis morir hoy que no existe!... Yo creia hallar entre vosotros algunos amigos bastante valerosos para abrir el cortejo de las víctimas que deben seguir á la muerte al gran profeta, á quien hemos visto andar sobre las ondas del mar; al gran profeta, que delante de nosotros despertó del sueño eterno al piadoso Lázaro y al jóven Sémida, á quien veo llorar en un oscuro rincon de este aposento.»

Dídimo es interrumpido por la llegada de José de Arimathea. Su andar es grave y solemne; la expresion de su mirada anuncia la esperanza é impone respeto: solamente su palabra revela profunda emocion:

—«Salud, hermanos de Cristo, hermanos mios tambien. Nicodemus espera que le permitais presentarse ante vosotros. Os trae... ¡Me interrumpís con gritos de dolor! ¡Ah! bien lo veo: no os hallais aun en estado de soportar la vista del sagrado depósito que queria confiaros. Que se aleje Nicodemus; que se lleve la ensangrentada corona.»

—«¡La ensangrentada corona!» repite la desolada madre: y el acento desgarrador de su voz llena á los fieles de terror y espanto.

Nicodemus aparece en la puerta.

María se arranca el velo en que estaba envuelta, se precipita hácia la corona, y cae, arrastrando en su caida á los amigos que quisieron sostenerla.

Los fieles se prosternan en torno de la madre de Jesús, que sola entre todos conserva fuerzas para expresar las crueles angustias que desgarran su alma.

—«¿Por qué deteneis así las miradas en esta corona de espinas? ¿No la habeis visto ceñir su frente y teñirse con